

Después de esto, nada más dijo en este mundo el Sr. Nomdedeu.

Algún tiempo después de espirar, nos costó gran trabajo desasir de los brazos helados del doctor á su desconsolada hija, cuyo estado era tan lastimoso que daba ocasión á augurar una segunda catástrofe.

XXIV

Adiós, señores; me voy á Francia, me llevan. Los sucesos que he referido habíanme hecho olvidar que era prisionero de guerra, como los demás defensores de la plaza, y era forzoso partir. Solamente en razón de mi enfermedad me fué permitido, como á otros muchos, el permanecer allí desde el 10 hasta el 21, de modo que con el mal acababa la dulce libertad.

Adiós, señores; me voy, adiós, pues tanta prisa me daba aquella canalla, que no digo para despedirme de mis caros oyentes, pero ni aun para abrazar á Siseta y sus hermanos me alcanzaba el breve tiempo de que disponía. Notificada la marcha, nos señalaron hora, nos recogieron, y haciéndonos formar en fila, camina que caminarás, á Francia. Los castigos impuestos por contravenir el programa de circunspección que nos habían recomendado, eran: la pena de muerte para el co-

nato de fuga; cincuenta palos por hablar mal de José Botellas, cantar el *dígame tú, Girona*, ó nombrar á D. Mariano Alvarez.—Adiós, Siseta; adiós, Badoret y Manalet, cara esposa y hermanitos míos. Cuidado con lo que os he advertido. El prisionero os escribirá desde Francia, si antes no logra burlar la vigilancia de sus crueles carceleros. Adiós. No os mováis de aquí, mientras yo no os lo mande, ni penséis por ahora en tomar posesión de vuestros alcornoques, que eso y mucho más se hará más adelante. Acompañad á la desgraciada hija del gran D. Pablo, y alegrad sus tristes horas. Adiós: dad otro abrazo á Andrés Marijuán, á quien llevan preso á Francia por haber defendido la patria. Tengo confianza en Dios, y el corazón me dice que no he de dejar los huesos en la tierra de los *cerdos*. Ánimo: no lloréis, que el que ha escapado de las balas, también escapará de las prisiones, y, sobre todo, no es de personas valerosas el lagrimear tanto por un viaje de pocos días. Salud es lo que importa, que libertad... ella sola se viene por sus pasos contados, sin que nadie lo pueda impedir. Adiós, adiós.»

Así les hablaba yo al despedirme, y por cierto que carecía completamente del ánimo y entereza que á los demás recomendaba, faltándome poco para dar al traste con mi seriedad; pero convenía en aquella ocasión blasonar de hombre de hierro. Mi gravedad era ficticia, y no hay heroísmo más difícil que aquél que yo intentaba al despedirme de Siseta y sus hermanos. La verdad es que tenía el corazón oprimi-

do, como si mano gigantesca me lo estrujara para sacarle todo su jugo.

Siseta se quedó en la calle de la Neu, agobiada por profunda aflicción; Badoret y Manalet me acompañaron hasta más allá de Pedret, y no fueron más adelante porque se lo prohibí, temiendo que con la obscuridad de la noche se extraviaran al regresar. Salimos, pues, en la noche del 21. Delante iba, rodeado de gendarmes á caballo, el coche en que llevaban á D. Mariano Alvarez; seguían los oficiales, entre los cuales estaba mi amo; dos ó tres asistentes completábamos el primer grupo de la comitiva. Más atrás marchaba toda la clase de tropa, soldados convalecientes de heridas ó de epidemia en su mayor parte. La procesión no podía ser más lúgubre, y el coche del Gobernador rodaba despaciosamente. No se oía más que lengua francesa, que hablaban en voz alta y alegre nuestros carceleros. Los españoles íbamos mudos y tristes.

Hicimos alto en Sarriá, donde se nos agregaron los frailes que habían salido antes que nosotros con el mismo destino, y con Sus Paternidades á la cabeza nada faltó para que la comitiva pareciese un jubileo. Daba lástima verlos, porque si entre ellos había jóvenes robustos y recios que resistían el rigor de la penosa jornada, no faltaban ancianos encorvados y débiles que apenas podían dar un paso. La gendarmería les arreaba sin piedad, y lo más que se les concedió fué que alguno de nosotros les ofreciera apoyo llevádoles del brazo. El Padre Rull sofocaba su impetuosa cólera, y

marchando delante de todos con resuelto paso, revolvía sin duda en su mente proyectos de venganza. Los legos, que cargaban repletas alforjas, repartían graciosamente en cada descanso raciones de pan, queso, frutas secas y algún vino, de lo cual algo se rodaba siempre hacia la parte seglar de la caravana, aunque no mucho. Algunos gendarmes franceses, mas humanos que sus jefes, también nos ofrecían no poca parte de sus víveres.

De este modo llegamos á Figueras á las tres de la tarde del 22, y sin permitirle descanso alguno, fué el Gobernador enviado al castillo de San Fernando. Frailes y soldados quedaron en el pueblo, y solamente subimos con aquél los del servicio del propio General ó de sus ayudantes. Marchamos todos tras el coche, y al entrar en la fortaleza, la debilidad de D. Mariano era tal, que tuvimos que sacarle en brazos para transportarle de la misma manera al pabellón que le habían destinado, el cual era un desnudo y destartado cuartucho sin muebles. Entró el héroe con resignación en aquella pieza, y echóse sin pronunciar queja alguna sobre las tablas, que á manera de cama le destinaron. Los que tal veíamos, estábamos indignados, no comprendiendo tan baja é innoble crueldad en militares hechos ya de antiguo á tratar enemigos vencidos y rivales poderosos; pero callábamos por no irritar más á los verdugos, que parecían disputarse cuál trataba peor á la víctima. Luego que se instaló, trajeron al enfermo una repugnante comida, igual al rancho de los soldados de

la guarnición; pero Alvarez, calenturiento, extenuado, moribundo, no quiso ni aun probarla. De nada nos valió pedir para él alimentos de enfermo, pues nos contestaron bruscamente que allí no había nada mejor, y que si durante el cerco habíamos sido tan sobrios, comiésemos entonces lo que había.

Con la resignación y entereza propias de su grande alma, resistió Alvarez estas miserias y bajas venganzas de sus carceleros; y sólo le vimos inmutado cuando el Gobernador del castillo, que era un soldadote de mediana graduación, brusco, fatuo y muy soplado, empezó á dirigirle impertinentes preguntas. La insolencia de aquella canalla nos tenía ciegos de ira, pues no sólo el Gobernador de la plaza, sino oficialejos de la última escala, se atrevían á hacer preguntas tontas é importunas á nuestro héroe, que ni siquiera les hacía el honor de mirárlas.

Las preguntas eran, no sólo contrarias á la cortesía, sino al espíritu militar, pues en todas ellas se le pedía cuenta á nuestro jefe del gran crimen de haber defendido hasta la desesperación la ciudad que el Gobierno de su patria le había confiado. No parecían militares los que con insultos y burlas groseras mortificaban al hombre de más temple que en todo tiempo se pusiera delante de sus armas. Alvarez, siempre caballero, aun en presencia de gente de tal ralea, les respondió sencillamente:—*Si ustedes son hombres de honor, hubieran hecho lo mismo en mi lugar.*—Tan sublime concepto no lo comprendían la mayor par-

te, y solamente algunos oficiales distinguidos, penetrándose del indigno papel que estaban haciendo, se apresuraron, después de la respuesta del General, á poner fin al denigrante interrogatorio.

Mi amo envióme al instante al pueblo en busca de carne para aderezar la comida del enfermo, y gracias á mi prontitud y diligencia, pronto pudimos servirle una comida mediana. Delante de los franceses, que nos negaban todo auxilio, Satué puso el puchero, soplabá el fuego otro oficial español, y convertidos todos en cocineros, nos disputábamos, chicos y grandes, el honor de asistir al enfermo. Pasó bien la noche; pero serían las dos de la madrugada, cuando con estrépito llamaron á la puerta del pabellón, diciéndonos que nos dispusiéramos á seguir el viaje á Francia. Alvarez, que dormía profundamente, despertó al ruido, y enterado de la continuación de la jornada, dijo sencillamente: «Vamos allá.» Quiso incorporarse sobre las tablas en que con nuestros capotes le habíamos arreglado un mal lecho, y no pudo... ¡Tan agotadas estaban sus fuerzas!... Pero en brazos le llevamos nosotros al coche, y con un frío espantoso, azotados por la lluvia de hielo y pisando la nieve que cubría el camino, emprendimos el de la Junquera. Una precaución ridícula habían añadido los franceses á las que antes tomaran para custodiarnos. Esto hace reir, señores. Además de la fuerte escolta de caballos, sacaron también de Figueras dos piezas de artillería, que iban detrás de nosotros, amenazándonos constantemente. Es

que su recelo de que nos escapásemos era visísimo, y con ninguna de las cautelas ordinarias creían segura la persona de D. Mariano Alvarez, inválido y casi moribundo. Eramos muy pocos en aquella segunda jornada, porque los frailes y la tropa quedáronse en Figueras hasta el amanecer. Ignoro si para tener á raya las fogosidades del Padre Rull, se pertrecharon también con un par de baterías de campaña y algunos regimientos de línea.

En la Junquera nos detuvimos muy poco tiempo; siguiendo luego por Francia adelante, llegamos a Perpiñán á las siete de la noche del mismo día 23, y después de detenernos en casa del Gobernador, nos llevaron al Castillet, fortaleza de ladrillo, de airosa vista, obra del Rey D. Sancho, la cual habrán visto cuantos hayan estado en aquella ciudad. Sin más ceremonias, destinaron para habitación de Alvarez un tenebroso aposento á manera de calabozo, con más humedades que muebles, y tan lóbrego y sucio, que el mismo D. Mariano, á pesar de su temple resignado y fuerte, no pudo contenerse, y exclamó con indignación: «*¿Es este sitio propio para vivienda de un General? ¿Y son ustedes los que se precian de guerreros?*» El alcaide, que era un barbaro, alzó los hombros, pronunciando algunas palabrotas francesas, que me pareció querían decir poco más ó menos: «Es preciso tener paciencia.» Luego, dirigiéndose á los de la comitiva, aquel caritativo personaje nos dijo que estaba dispuesto á darnos de comer lo que quisiéramos, pagándolo previa-

mente en buena moneda española. La moneda española ha sido siempre muy bien recibida en todo país donde ha habido manos. Dándole las gracias, pedímosle lo que nos pareció más necesario, y aguardamos la cena, aposentados todos en la inmunda pocilga. Nuestro primer cuidado fué improvisar con los capotes una cama para nuestro Gobernador, cuya fatiga y debilidad iban siempre en aumento. El cancerbero volvió al poco rato con unos manjares tan mal guisados, que no se podían comer, lo cual no fué parte á impedir que nos lo cobrase á peso de oro; pero se los pagamos con gusto, suplicándole, unos en mal francés y otros en castellano, que nos hiciera el favor de no honrarnos más con su interesante presencia.

Pero él, ó no entendió, ó quiso mostrarnos todo el peso de su impertinencia, y á cada cuarto de hora venía á visitarnos, poniéndonos ante los ojos, que en vano querían dormir, la luz de una deslumbradora linterna. Esto mortificaba á todos; pero principalmente al enfermo, que por su estado necesitaba reposo y sueño, y así se lo dijimos al alcaide, añadiéndole que como no pensábamos fugarnos, podía eximirnos de sus repetidos reconocimientos. El nos respondía con amenazas soeces; quedábamos luego á obscuras, y nos vencía el dulce sueño; pero no habíamos transportado los umbrales de esta rica y apacible residencia del espíritu, cuando la luz de la linterna volvía á encandilar nuestros ojos, y el alcaide nos tocaba el cuerpo con su pata para cerciorarse por la vista y el tacto de que estábamos allí.

Satué, furioso y fuera de sí, me dijo en uno de los pequeños intervalos en que estábamos solos: «Si ese bestia vuelve con la linterna, se la estrello en la cabeza.» Pero D. Mariano calmó su arrebato, condenando una imprudencia que podía ser á todos funestísima. La noche fué, por tanto, y merced á las visitas del alcaide, penosa y horrible. Por la mañana nos hizo el honor de visitarnos el comandante de la plaza, el cual habló largamente con Alvarez, tratándole con cierta benevolencia cortés que nos agradó; mas luego hizo recaer la conversación sobre un suceso de que no teníamos noticia, y allí dió rienda suelta á las groserías y los insultos. Pareció que algunos oficiales de los trasladados á Francia inmediatamente después de la rendición de Gerona, se habían fugado, en lo cual obraron cuerdamente, si padecieron el martirio de la linterna del señor alcaide. Al hablar de esto, el comandante les prodigó delante de nosotros vocablos harto denigrantes, añadiendo: «Pero por fortuna hemos pescado á once de los prófugos, y han sido arcabuceados hace dos días. Buscamos á los demás.»

Alvarez se sonrió, y dijo: «*¡Con que volaron, eh?...*» y en su rostro por un instante dibujóse ligera expresión festiva. A pesar de que el comandante de Perpiñán no era hombre de mieles, prometió á Alvarez dejarle descansar todo aquel día, poniendo freno á las importunidades del de la candileja, y nos dispusimos para dormir; pero ¡ay! estábamos destinados á nuevos tormentos, entre los cuales

el mayor era presenciar cómo padecía en silencio, sin hallar alivio en sus males ni piedad en los hombres, el más fuerte y digno de los españoles de aquel tiempo; estábamos entre gente que hacía punto de honra el mudar las coronas del heroísmo en coronas de martirio sobre la frente del que no se abatió, ni se dobló, ni se rompió jamás mientras tuvo un hábito de vida que sostuviera su grande espíritu.

Serían, pues, las diez de la mañana, cuando el alcaide nos hizo ver su cara redonda, encendida y brutal, de rubios pelos adornada, y aunque por la claridad del día venía sin linterna, demostrónos desde sus primeras palabras que no venía á nada bueno. Dijonos aquel simpático pedazo de la humanidad que nos dispusiéramos á salir todos; y como le indicáramos que el enfermo, á causa de la horrosa fiebre, no podía moverse, repuso que vendría quien le hiciese mover. D. Mariano nos dió el ejemplo de la resignación, incorporándose en su lecho y pidiendo su sombrero. Le levantamos en brazos; trató de andar por su propio pie, mas no siéndole posible, le condujimos fuera del aposento, y bajamos todos en triste procesión, mudos y abrumados de pena. Fuera del castillo vimos dos filas de gendarmaría indicándonos el camino hacia la muralla, y la curiosa multitud nos contemplaba con lástima. Aquel espectáculo no podía ser más triste, y con el alma oprimida y llena de angustia dije para mí: «Nos van á fusilar.»

XXV

¡Oh, qué trance tan amargo, y qué horrenda horal! Eso de que á sangre fría le quiten á uno la preciosa existencia, lejos de la patria, ausente de las personas queridas, sin ojos que le lloren, en soledad espantosa y entre gente que no ve en ello más que la víctima inmóvil á los intereses militares, es de lo más abrumador que puede ofrecerse á la contemplación del espíritu humano. Yo miraba aquel cielo, y no era como el cielo de España; yo miraba la gente, oía su lengua extraña modulando en conjunto voces incomprensibles, y no era aquella gente tampoco como la gente de acá. Sobre todo, Siseta no estaba allí, y el vacío de su ausencia no lo habrían llenado cien vidas otorgadas en cambio de la que me iban á quitar. Me ocurrió protestar contra aquella barbarie, gritando y defendiéndome contra miles de hombres; pero la realidad de mi impotencia me aplastaba con formidable pesadumbre. Dejé de ver lo que tenía ante los ojos, y mi intensa congoja me hizo llorar como una mujer. Mostraban entereza mis compañeros; pero ellos no habían dejado en Gerona ninguna Siseta.

Al llegar á la muralla, vimos formados en fila á los frailes y soldados que nos habían se-

guido. Algunos legos y ancianos lloraban; pero el Padre Rull despedía llamas de sus negros y varoniles ojos. En tan supremo trance, el fraile patriota, rabiando de enojo contra sus verdugos, había olvidado la principal página del Evangelio. Nos pusieron también á nosotros en fila, y la persona de Alvarez fué confundida entre los demás sin consideración á su jerarquía. Permanecimos quietos largo rato, ignorando qué harían de nosotros, en terrible agonía, hasta que apareció un oficialejo barrigudo, que con un papelito en la mano nos iba nombrando uno por uno. Tanto aparato, la cruel exhibición ante el populacho, el despliegue de tan colosales fuerzas contra unos pobres enfermos muertos de hambre, de cansancio y de sueño, no tenía más objeto que pasar lista. ¡Ay! Cuando adquirí la certidumbre de que no nos fusilaban, los franceses me parecieron la gente más amable, más caritativa y más humana del mundo.

Volvíamos al castillo, donde hallamos una gran novedad. El aposento donde pasamos la noche se había considerado como un gran lujo de comodidades para estos pícaros *insurgentes y bandidos*, que tan heroicamente defendieron la plaza de Gerona, y nos destinaron á una lóbrega mazmorra sin aire, empedrada de guijarros agudísimos, entre cuyos huecos se remansaban fétidas aguas. Doble puerta con cerrojos muy fuertes la cerraba, y un mezuquino agujero abierto en el ancho muro dejaba entrar sólo al mediodía un rayo de luz, insuficiente para que nos reconociésemos las caras.

Protestamos; el mismo Alvarez reprendió ásperamente al alcaide; pero éste ni aun siquiera tuvo la dignación de contestarnos otra cosa más que la oferta de servirnos una buena comida, si se la pagábamos bien. El ilustre enfermo se empeoraba de hora en hora, y desde aquel día comprendimos que se nos iba á morir en los brazos, si no se instalaba en lugar más higiénico. Haciendo un esfuerzo el mismo Alvarez, escribió una carta al General Augerau, notificándole los malos tratamientos de que era objeto; pero no tuvo contestación. Y seguía lo de la linterna por la noche, en cuya obra caritativa se esmeraba el maldito francés regordete y rubio, amén de robarnos con la perversa cena que nos ponía. Si el Gobernador necesitaba alguna medicina, no había fuerzas humanas que la hiciesen traer, por temor de que se envenenara, y registrándonos escrupulosamente, fuimos despojados de todo instrumento cortante para evitar que tratásemos de poner fin á aquella deliciosa vida con que nos regalaban.

En aquella inmunda pocilga estuvimos hasta que concluyó con Diciembre el funestísimo año 9, enfermos todos, y más que enfermo, moribundo el gran Alvarez, que al resistir tan fuertes padecimientos, mostró tener el cuerpo tan enérgico y vigoroso como el alma. Durante las largas y tristes horas, departía con nosotros sobre la guerra, contábanos su gloriosa historia militar, y nos infundía esperanza y bríos, augurando con elevado discernimiento el glorioso fin de la lucha con los franceses y

el triunfo de la causa nacional. Su extraordinario espíritu, superior á cuanto le rodeaba, sabía abarcar los acontecimientos con segura perspicacia, y oyéndole, oíanos la voz poderosa de la patria que llegaba al calabozo excavado en extranjero suelo.

Al fin, nuestro doloroso encierro en aquella mazmorra donde nos consumíamos, viendo extinguirse la noble vida del defensor de Gerona, tuvo fin una noche en que el alcaide entró á decirnos que nos vistiéramos á toda prisa porque nos iban á internar en Francia. Esta noticia, á pesar de alejarnos de España, nos produjo inmensa alegría, porque ponía fin al encierro, y no aguardamos á que la repitiese el panzudo hombre de la linterna, demostrándole de diversos modos el gran gusto que sentíamos por perderle de vista, lo mismo que á su aparato. Nos sacaron de Perpiñán con numerosa escolta, y con nosotros iban los frailes. El jefe de la gendarmería dió orden de fusilar á todo señor fraile que tratase de huir, y nos pusimos en marcha.

Pero en este viaje la Providencia nos deparó un hombre generoso y caritativo que, á escondidas de los franceses, sus compatriotas, prodigó al ilustre enfermo solícitos cuidados. Era el mismo cochero que le conducía, el cual, condolido de sus males, é ignorando que fuese un héroe, mostró sus cristianos sentimientos de diversos modos. Agradecidos de su bondad, quisimos recompensarle; pero no consintió en admitir nada, y como los gendarmes le mandaran que avivase el paso de las caballe-

rias para marchar más á prisa, él, sabiendo cuánto daño hacía al paciente la celeridad de la carrera, fingió enfermedades en el escualido ganado y desperfectos en el viejo coche para justificar el tardo paso con que andaba. Todos los de á pie, que éramos los más, le agradecimos en el alma la pereza de su vehículo.

Después de descansar un poco en Salces, hicimos noche en Sitjans, y nunca á tal punto llegáramos, porque haciendo bajar de su coche al General, le aposentaron con los demás de su séquito en una caballeriza llena de estiércol, y donde no había cama ni sillas, ni nada que se pareciese á un mueble, siquier fuese el más mezquino y pobre. Agotada la paciencia ante tanta infamia, y viendo cuán poco adecuado era aquel inmundo sitio para quien por su categoría, y además por su lastimoso estado, tenía derecho á todas las consideraciones, no pudimos contener la explosión de nuestro enojo, y con durísimas palabras increpamos al jefe de la gendarmería. Este, después de amenazarnos, pareció aplacarse, comprendiendo sin duda la justicia de nuestra reclamación, y al fin, después de vacilar, vino á decir en suma que el alojamiento no era cuenta suya. Por último, el cochero, con orden ó por simple tolerancia del jefe de la fuerza, introdujo en la cuadra una cama en que descansó algunas horas el desgraciado enfermo, cuya prodigiosa resistencia parecía tocar ya al último límite.

A la mañana siguiente, cuando nos poníamos de nuevo en marcha, aparecieron unos guardias á caballo que traían una orden para

el jefe que nos conducía, y abriendo el pliego en nuestra presencia, nos dió á conocer su contenido, el cual no era otra cosa sino que *Monsieur Alvarez* debía volver á España. Esto nos alegró sobremanera, por la esperanza de ver pronto á la patria querida, y hasta sospechamos si, apiadados de nuestra desgracia, se dispondrían aquellos caballeros á dejarnos en libertad luego que traspasásemos la frontera. Los frailes y la gente de tropa que no pertenecía á la comitiva del enfermo, creyéronse también destinados á pisar pronto el suelo español, y mostráronse muy alegres; pero los gendarmes al punto les sacaron de su risueño error, mandándoles seguir adelante, por Francia adentro. Nos despedimos de ellos tiernamente, recogiendo encargos, recados, cartas y amorosas memorias de familia, y volvimos la cara al Pirineo. D. Mariano, al saber que se variaba de rumbo, dijo: «*Como no me vuelvan al Castillet de Perpiñán, llévenme á donde quieran.*»

Excuso enumerar los miserables aposentamientos, los crueles tratos que se sucedieron desde Sitjans á la frontera española. Ni sé cómo por tanto tiempo y á tan repetidos golpes resistió la naturaleza del hombre contra quien se desplegaba tan gran lujo de maldad. Por último, señores, concluiré refiriendo á ustedes la última escena de aquel terrible *via crucis*, la cual ocurrió en la misma frontera, un poco más allá de Pertús. Es el caso que cuando con el mayor gozo habíamos pisado la tierra de España, se presentaron unos guardias á caballo con nuevas órdenes para los gendarmeñ. El jefe

mostróse muy contrariado, y habiéndose trabado ligera reyerta entre éste y uno de los portadores del oficio, oímos esta frase, que, aunque dicha en francés, facilmente podía ser comprendida: «*Monsieur Alvarez debe volver, pero los edecanos y asistentes no.*»

Al punto comprendimos que se nos quería separar de nuestro idolatrado General, dejándonos á todos en Francia, mientras á él se le llevaba otra vez solo, enteramente solo, al castillo de Figueras. Esto causó desolación en la pequeña comitiva. Satué, cerrando los puños y vociferando como un insensato, dijo que antes se dejaría hacer pedazos que abandonar á su General; otros, creyendo mal camino para convencer á nuestros conductores el de la amenaza y la cólera, suplicamos al jefe de los gendarmes que nos dejase seguir. El mismo enfermo indicó que si se le separaba de sus fieles compañeros de desgracia, la residencia en España le sería tan insoportable al menos como la prisión en el Castillet. Suplicamos todos en diverso estilo que nos dejasen asistir y consolar á nuestro querido Gobernador; pero esto fué inútil. Como complemento de los mil martirios que con refinado ingenio habían aplicado al héroe, quisieron someter su grande alma á la última prueba. Ni su enfermedad penosísima, ni sus años, ni la presunción de su muerte, que se creía próxima y segura, les movieron á lástima; tanta era la rabia contra aquél que había detenido durante siete meses frente á una ciudad indefensa á más de cuarenta mil hombres, mandados por los prime-

ros generales de la época; que no había sentido ni asomos de abatimiento ante una expugnación horrorosa en que jugaron once mil novecientas bombas, siete mil ochocientas granadas, ochenta mil balas, y asaltos de cuyo empuje se puede juzgar considerando que los franceses perdieron en todos ellos veinte mil hombres.

Cansados de inútiles ruegos, pedimos al fin que se permitiera acompañar y servir al General á uno de nosotros, para que al menos no careciese aquél de la asistencia que su estado exigía; pero ni esto se nos concedió. La agria disputa inspiró al mismo Alvarez las palabras siguientes: «*Todas éstas son estratagemas de que se valen los franceses para mortificar á aquél á quien no han podido hacer bajar la espalda.*»

Bruscamente nos quisieron apartar del coche en que iba; pero atropellando á los que nos lo impedían, nos abalanzamos sobre él, y unos por un costado, otros por el opuesto, le besamos las manos regándolas con nuestras lágrimas. Satué se metió violentamente dentro del coche, y los gendarmes le sacaron á viva fuerza, amenazándole con fusilarle allí mismo si no se reportaba en las manifestaciones de su dolor. El General, despidiéndonos con ánimo sereno, nos dijo que renunciásemos á una inútil resistencia, conformándonos con nuestra suerte; añadió que él confiaba en el próximo triunfo de la causa nacional, y que, aun sintiéndose próximo á morir, su alma se regocijaba con aquella idea. Recomendónos la prudencia, la conformidad, la resignación, y él

mismo dió á sus conductores la orden de partir, para poner pronto fin á una escena que desgarraba su corazón lo mismo que el nuestro. El cupé partió á escape, y nos quedamos en Francia, sujetados por los gendarmes, que nos ponían sus fusiles en el pecho para impedir las demostraciones de nuestra ira. Seguimos desesperados y con los ojos llenos de lágrimas el coche que se perdía poco á poco entre la bruma, y cuando dejamos de verle, Sattué, bramando de ira, exclamó: «Se lo llevarón esos perros; se lo llevan para matarle sin que nadie lo vea.»

XXVI

Imposible pintar á ustedes nuestra profunda consternación al vernos esclavos de Francia, y considerando la situación del desgraciado Alvarez, solo, en poder de sus verdugos. Nuestra propia suerte de prisioneros nos causaba menos pesar que la de aquel heroico veterano, condenado por su valor sublime á ser juguete de una cruel soldadesca, á quien le entregaron para que se divirtiese martirizándole.

Encerráronnos en Pertús en una inmunda cuadra, donde con centinelas de vista nos tuvieron hasta el día siguiente, en cuya alborada, cuando nos llevaban fuera del pueblo, verificamos un acto honroso, con el cual quiero

poner fin á mi narración. Allí, sobre unas peñas desde las cuales se divisaban á lo lejos los cerros y vertientes de España, nos dimos las manos y juramos todos morir antes que resignarnos á soportar la odiosa esclavitud que la canalla quería imponernos. Desde aquel instante principiamos á concertar un hábil plan para fugarnos, cual tantos otros que, llevados á Francia, habían sabido volver por peligrosos caminos y medios á la patria invadida.

Amigos míos: por no cansar á ustedes con prolijidades que sólo á mí se refieren y á mis particulares cuitas, omito los pormenores de nuestra residencia en Francia, y de los medios que empleamos para regresar á España. Eramos seis, y sólo tres volvimos. Los demás, cogidos *infraganti*, fueron fusilados, dos en Murellas y uno en Boulou. ¿Alguno de los que me oyen no se ha visto en igual caso? ¡Cuántos de los que estamos aquí desataron sus manos de las cuerdas que los franceses han llevado á Francia después de la toma de Zaragoza ó de Madrid! Con la relación de mis padecimientos en la frontera, de las diabluras y estratagemas que puse en juego para escaparme, y de las mil cosas que me sucedieron desde que pasé la frontera por Puigcerdá hasta unirme en el centro de España á esta división de Lacy en que ahora estoy, emplearía otras dos noches largas, pues todo el sitio de Gerona y las extravagancias de D. Pablo Nomdedeu no exigen más tiempo y espacio que los peligros, trapisondas, trabajos y terribles trances en que me he visto. Concluyo, pues, no sin dirigir una ojea-